

La enchilada Completa

Patricio.

prólogo de Lorenzo Meyer

Prólogo

El tema de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos es tan viejo como doloroso. Arranca cuando a fines del siglo XIX el ferrocarril sustituyó, y con ventaja, al viejo Camino Real de Tierra Adentro, la vía de comunicación colonial —incluso prehispánica— entre el centro de México y el amplio, casi infinito, norte. En ese origen ya se encuentran la diferencia salarial y la variedad de oportunidades como los dos factores de atracción norteamericanos de la mano de obra mexicana.

La revolución que estalló en México en 1910 aceleró el flujo migratorio. En un primer momento, los que se fueron pertenecieron a la élite del viejo régimen, a los políticamente derrotados, pero pronto se restituyó la normalidad: la mayoría de los que se iban eran personas que no buscan asilo o protección en Estados Unidos, sino simplemente oportunidades individuales de mejorar su situación personal y familiar mediante el trabajo, un trabajo duro y sin concesiones.

Estados Unidos es un país con muchas peculiaridades, una de ellas es lo contradictorio de sus políticas y de su relación con el exterior. Por un lado, el notable ritmo de desarrollo económico de ese país ha demandado un flujo constante de mano de obra externa desde la época colonial (la esclavitud es el indicador extremo de esta demanda). Por el otro, su dureza frente a cierto tipo de trabajador, especialmente frente a aquellos que son muy diferentes respecto del grupo dominante: irlandeses, asiáticos en una época o, en tiempos recientes, hispanos en general y

mexicanos en particular. En el centro de la ideología norteamericana está la idea de la igualdad democrática, pero en la práctica la discriminación ha acompañado toda la historia del país vecino.

Sin aceptar que la contradicción es una constante en el desarrollo histórico norteamericano, sería imposible entender a Estados Unidos. En efecto, mientras unos grupos de norteamericanos ofrecen trabajos a extranjeros dispuestos a emplearse con salarios muy bajos, sin importarles su calidad migratoria o sus características nacionales, otra les pone obstáculos para que se instalen y vivan como parte de su comunidad. A unos norteamericanos les interesa lo barato del trabajo de los recién llegados, su docilidad y sus ganas de laborar casi en lo que sea, como sea y donde sea, pero a otros les repele su color, su religión, su insistencia en mantener su lengua o sus costumbres. En Estados Unidos, mientras unos ven a los trabajadores migrantes como parte necesaria e imprescindible para el buen funcionamiento del sistema productivo y de la forma de vida del ciudadano promedio, otros, en cambio, los definen como unos violadores de la ley y una amenaza a los valores centrales de lo que ha "hecho grande" y único a esos Estados Unidos; son estos últimos los que demandan la erección de muros fronterizos infranqueables, la deportación de los indocumentados, el castigo a sus empleadores y el mantenimiento de cuotas estrictas y bien definidas de extranjeros con permiso para trabajar. Según esta última posición, el libre flujo en un mercado mundial preconizado por la globalización y enmarcado en el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte, es adecuado para el ir y venir de las mercancías y el capital, pero no para el trabajo.

En un tiempo la frontera entre México y Estados Unidos era un espacio abierto, problemático, es verdad, pero abierto. Los grupos nómadas originales iban y venían, lo mismo que los ladrones de ganado o los avecindados en los estados fron-

terizos. Sin embargo, en la medida en que los espacios semi-vacíos se poblaron y Estados Unidos se fue convirtiendo en gran potencia, la frontera se fue cerrando a ese ir y venir de los mexicanos del norte: aparecieron los controles, los pasaportes, la Patrulla Fronteriza, etcétera. Durante la década de 1930 y como efecto de la Gran Depresión de 1929 y el desempleo en Estados Unidos, se dio un fenómeno nuevo: la deportación masiva de mexicanos residentes en Estados Unidos. Al inicio de esa crisis económica, más de un millón de mexicanos se encontraban residiendo en Estados Unidos, donde el 70% se empleaban como jornaleros agrícolas, 15% como obreros y 10% como mineros. Entre 1930 y 1933, por las buenas o las malas, casi un tercio de ellos fueron obligados a regresar a México.

La II Guerra Mundial echó a andar de nuevo y a todo vapor a la economía norteamericana y la situación cambió radicalmente: el gobierno de Washington solicitó al mexicano, como contribución "al triunfo de las democracias" en su lucha contra el Eje, mano de obra no calificada. Fue entonces cuando nació el "Programa Bracero", pero después del supuesto triunfo de las democracias, el gobierno y los empleadores norteamericanos ya no se interesaron mucho en un programa que contenía cláusulas que protegían los derechos de los trabajadores. Al final ya no hubo voluntad para mantener el marco formal que regulaba la migración de trabajadores mexicanos y en 1964 el acuerdo en torno a los braceros dejó de renovarse.

Desde el inicio del "Acuerdo Bracero" y al lado de los mexicanos que iban con contrato a Estados Unidos, se mantuvo un flujo de trabajadores indocumentados que fueron recibidos sin gran problema por los empleadores pero perseguidos por las autoridades. El juego del gato y del ratón entre esas autoridades migratorias norteamericanas e indocumentados mexicanos produjo masas de expulsados anuales. Sin embargo, y desde 1930, una parte importante de esos deportados

han vuelto a intentar el cruce ilegal de la frontera, justamente porque el mercado norteamericano mantiene un lugar para ellos. Sin embargo, con el crecimiento reciente de los cuerpos de vigilancia fronteriza en el país vecino, ese juego se ha vuelto más cruel, pues obliga a los indocumentados a cruzar por zonas desérticas e inhóspitas y el número de mexicanos que anualmente mueren al intentar llegar adonde se supone que hay ofertas de trabajo, va en aumento: alrededor de medio millar anual en lo que va del siglo XXI.

La historia anterior continúa. Hoy viven en Estados Unidos más de once millones de personas nacidas en México, de los cuales más de seis millones son indocumentados. Quienes elaboran esas cifras, calculan que medio millón de nuestros conciudadanos abandonan México anualmente para irse, con o sin documentos, a Estados Unidos. La bibliografía en torno al fenómeno de la migración de mexicanos al norte es abundante. El libro que el lector tiene entre manos se suma a esa lista bibliográfica, pero no es uno más de la lista, se trata de una obra singular en extremo, pues aborda el tema de los millones de mexicanos expulsados de su propio país por la falta de oportunidades de empleo aceptablemente remunerado —un tema vergonzoso, desgarrador, brutal y con ribetes sórdidos— con un notable sentido del humor.

Patricio no es sólo un gran caricaturista y un buen dibujante, sino un conocedor y un agudo observador de la realidad binacional que capta el drama de la desigualdad, de la asimetría de poder, en que se da el fenómeno de la migración de México a Estados Unidos. Al final, sólo al artista le es éticamente permitido presentar, envuelto en el humor y en la caricatura, el sufrimiento de millones de personas —jóvenes en su mayoría y terriblemente indefensos— que son obligados por las circunstancias a buscar una oportunidad en tierras extranjeras.

Únicamente al artista que tiene sus simpatías plenamente puestas del lado del débil que se enfrenta a los obstáculos y

condiciones que le impone el poderoso, le es permitido caricaturizar al perdedor. Únicamente adoptando como propias las raíces y razones del migrante es posible caricaturizarlo sin humillarlo. Sólo denunciando al que se beneficia del enorme esfuerzo físico y moral del que se va en busca de trabajo es permitida la sonrisa en el caso de situaciones básicamente injustas.

Cualquiera puede entender las pequeñas historias de *La enchilada completa*, pero únicamente los mexicanos, y no todos, pueden apreciar y entender todos los detalles que componen cada una de las caricaturas de Patricio —físico, vestimenta, actitudes, giros del lenguaje y situaciones de los personajes—, uno de los mejores observadores y críticos de los fenómenos sociales del México contemporáneo.

Para ser útil, eficaz, la observación y explicación de lo social deben buscar la objetividad, pero de antemano se sabe que esa meta es humanamente imposible. Ningún sociólogo o politólogo profesional puede ser realmente objetivo. En este campo, Patricio lleva ventaja: él no pretende ser objetivo sino tomar partido y exagerar para mejor profundizar en la esencia del fenómeno. Sin embargo, singularizar, exagerar ciertos rasgos de la realidad para mejor aprehenderlos y explicarlos es una técnica de la ciencia social, pues no fue otra cosa lo que hizo Max Weber con sus explicaciones a base de “modelos ideales”. Así pues, y a mi juicio, a Patricio se le debe considerar no sólo un artista sino un miembro del grupo de estudiosos profesionales de la realidad social mexicana que trabaja con eso, con los “modelos ideales” del migrante, del miembro de la Border Patrol, del pollero.

Las exageraciones que el sentido del humor le permiten a Patricio, pueden funcionar como auténticas hipótesis. Por ejemplo, cuando el “pollero” descubre con satisfacción lo relativamente fácil que es lograr pasar la frontera en la zona desértica cuando sus clientes “son puros físicos, ingenieros,

doctores, arquitectos y demás profesionistas” que calculan los riesgos y cómo afrontarlos, lo que está mostrando es que ahora los que se marchan de México no son únicamente trabajadores sin calificación o empleo sino parte de aquellos en los que el país hizo ya una gran inversión en educación formal. Y en este punto los datos duros avalan a Patricio. En otro caso, el autor lleva a un extremo la relativa eficacia e importancia de la economía informal e ilegal, al imaginar una línea de tren subterráneo e ilegal que corre de Tapachula a New York, con conexiones a Montana, North Dakota e Idaho y que da servicio a puro indocumentado.

Antes de concluir, unas palabras sobre el título de este libro. El término “enchilada completa” lo usó el secretario de Relaciones Exteriores de Vicente Fox, Jorge G. Castañeda, para resumir la posición mexicana en sus negociaciones con Estados Unidos en materia de migración. México tomó entonces la iniciativa y exigió un tratado para regular lo hasta ese momento no regularizado, lo que había dejado fuera el Tratado de Libre Comercio de Carlos Salinas: el flujo de mano de obra del país pobre al país rico. La “enchilada completa” se convirtió en apenas “chilaquiles” y luego en la nada, cuando la agenda internacional de Washington se transformó como consecuencia de los ataques a Estados Unidos por los radicales islámicos en septiembre de 2001. Con la destrucción de las torres gemelas de Nueva York, México dejó de ser la prioridad en materia internacional que George W. Bush había anunciado en los jardines de la Casa Blanca apenas el 5 de septiembre, para transformarse en un tema de poca monta. La desaparición del proyecto Fox-Castañeda dio lugar a otro tipo de “enchilada completa”: a la de Patricio, una donde al final las reglas del juego no legal pero sí real, llevan a que los indocumentados se salgan con la suya aunque, desde luego, a un gran costo. El humor de Patricio es una visión distorsionada de la realidad, desde luego, pero una que pone a cada quien en su sitio y que,

como mexicanos, nos ayuda a mantener nuestra salud mental, nuestro equilibrio emocional frente a un fenómeno que deja al desnudo casi todas nuestras miserias.

Finalmente, cuando el tiempo pase, el libro de Patricio quedará como un buen testimonio de lo que fue parte sustantiva de la relación México-Estados Unidos al iniciarse el siglo XXI, pero mientras se completa la historia, nosotros podemos disfrutar de la oportunidad de ajustar cuentas con nuestros vecinos del norte —y con nuestras autoridades—, aunque sea en el plano de la historieta.

LORENZO MEYER